

consistorio celebrado aquel día; en el cual se dividieron los pareceres de los cardenales. No pocos pensaban que el anciano Papa no podía exponer su salud á ninguna excitación violenta, ni la dignidad de su majestad á ninguna otra humillación; pero á éstos se opuso Sadoletto. En lo referente á la salud, dejó, como era natural, la resolución al Papa; por lo tocante á la dignidad, manifestó, que para los servidores de la Iglesia no había otra sino la solicitud del bien de la Cristiandad. Tampoco había lugar á duda, sobre que podía esperarse con mucho mayor certidumbre la conclusión de una paz, si el Papa intercedía personalmente como mediador; y fuera de esto, aquella entrevista serviría para desvanecer los rumores esparcidos, sobre que mediaba un grave disgusto entre ambas Cabezas supremas de la Cristiandad. El Papa dió oídos á estos consejos, y el consistorio resolvió por unanimidad que se celebrara la entrevista en Parma ó en otro lugar cómodamente situado (1).

Conforme á esto, el 11 de Junio salió el Papa de Bolonia, y el 15 llegó á Parma (2), donde se halló el marqués del Vasto con una carta de propio puño del Emperador. Todavía á última hora se suscitaron serias dificultades á consecuencia del propósito de Carlos V de presentarse con grande acompañamiento militar. Las personas que rodeaban al Papa recordaban entonces todavía demasadamente las pretensiones del Emperador sobre Parma, las cuales se habían representado en el escrito de querrela contra Clemente VII; y así, para obviar todas las dificultades, se pusieron de acuerdo el 17 de Junio en celebrar la entrevista en Busseto, pequeña ciudad perteneciente al marqués Pallavicini, á donde acudirían ambas partes con escolta igualmente fuerte. El consistorio de 18 de Junio aprobó dicho convenio, después de lo cual se diputó, como legados al Emperador, á los cardenales Parisio y Cervini (3).

En Parma recibió Paulo III al obispo de Viena Federico Nausea, el cual, según que repetidas veces lo había ofrecido, quería comunicar al Papa sus apreciaciones sobre la cuestión del Concilio y le entregó el manuscrito de sus *Sylvae synodales* (4).

(1) Además de las Acta consist., también aquí muy lacónicas (Ehse IV, 344, nota 1), v. Sadoleti opera II, 210 s.

(2) Cf. Lett. ined. di C. Gualteruzzi di Fano, Pesaro 1834, 47; Gualano 65 s.

(3) V. las relaciones auténticas coleccionadas por Ehse (IV, 344, nota 1).

(4) La invitación para irse á ver con el Papa, se dirigió á Nausea por un

Paulo III llegó el 21 de Junio á Busseto con catorce cardenales; muy de cerca siguió el Emperador; y allí permanecieron hasta la tarde del 25 de Junio, en la cual el Papa regresó á Parma, mientras el Emperador se dirigía á Cremona (1). En las frecuentes y largas conversaciones de ambas Cabezas de la Cristiandad, se explicaron todas las controversias entre ellos existentes (2). Respecto á la Pragmática española, se resolvió continuar las negociaciones en Roma. El nombramiento de cardenales adictos á su persona, que deseaba el Emperador, fracasó por haber persistido Paulo III en que, caso de procederse á una creación de ellos, era menester que se tuviera también con Francia la consideración conveniente. Carlos V propuso además, poner término á la enemistad entre Paulo III y Ascanio Colonna, ajustando el matrimonio de un hijo de Colonna con Victoria sobrina del Papa; lo cual significaba el rompimiento de las negociaciones entabladas acerca el casamiento de Victoria con el duque de Orleans. Otra de las cuestiones que se trataron en Busseto se refería á la posesión del Milanésado; pero este negocio estaba íntimamente enlazado con el más importante que entonces pendía; es á saber: la reconciliación entre Carlos V y Francisco I.

El proyecto ya antes agitado de dar la investidura de Milán á un tercero, lo había propuesto por entonces á Carlos V uno de los más fieles partidarios que tenía en el Sacro Colegio: el carde-

breve de 16 de Mayo de 1543, como respuesta á su última carta de 25 de Abril (v. arriba p. 484). Nausea propuso al Papa como lugar del concilio, Colonia ó Ratisbona, pero encontró en ello gran resistencia. A pesar de eso, perseveró en su dictamen en favor del cual, aun en 1545, publicó un escrito especial (cf. Pastor. Reunionsbestrebungen 293 n. 2, donde la negociación de Nausea con el Papa está puesta por error en el año 1542). Cf. Ehse IV, 327, nota 2.

(1) V. Gualterius en Ehse IV, 344, nota 1; Vandenesse II, 256 y la *carta de Carlos V á Fernando I, de 29 de Junio de 1543 (*Archivo privado, palatino y público de Viena*). V. Gambara escribió un hermoso soneto á la entrevista (Rime e lett. 9; cf. Giorn. d. lett. Ital. IX, 338).

(2) Para lo que sigue, v. la importante *carta de Carlos V á Fernando I, de 29 de Junio de 1543, existente en el *Archivo privado, palatino y público de Viena* (de la cual trae Korte [p. 87] un pasaje relativo al concilio; la fecha de 29 de Julio que se halla en Korte es una errata), como también las declaraciones del emperador á Philippi y de Vega, publicadas por Gayangos VI, 2, n. 153, 282, p. 376, 560 s. Entre los historiadores sobresale la relación de Jovio (Hist. I, 48. Adriani, Sandoval y Sarpi yerran, como observa con verdad Ehse (IV, 349, nota 1), en sus acusaciones demasiado fuertes, y Pallavicini (I, 5, c. 2-3) por la defensa de Paulo III demasiado extremada (cf. también Affò, 49 s.; Ranke, Pápste III, 36*; Brischar I, 131 s.).

nal Carpi. En un Memorial explanaba éste, que el Emperador no debía ser conde, duque, príncipe, sino sólo Emperador; ni debía tener muchas provincias, sino grandes feudatarios. La fortuna le había abandonado, desde que había tomado posesión de Milán. Con restituirlo á Francisco I, no se saciaría la sed que éste tenía de posesiones territoriales, sino sólo se conseguiría irritarla más; y tampoco él mismo podría conservarlo, por los muchos enemigos que le concitaría la sospecha de que codiciaba los dominios ajenos. En caso que él destruyera esa sospecha, concediendo el Milanesado á un particular Duque, Francisco I no hallaría ya ningún otro partidario, y Carlos, por el contrario, tendría en su favor á Italia y Alemania, podría llevar sus estandartes á las más remotas naciones y conquistaría una gloria inmortal (1).

Mas puesto que el Emperador no debía entregar el Milanesado á los franceses, ni tampoco conservarlo para sí, debía parecerle el camino mejor, conceder la investidura del mismo á su yerno Octavio Farnese, sobrino del Papa. Este plan, que ya antes habíase indicado, fué recomendado al Emperador en Génova por Pedro Luis Farnese, y ahora en Busseto se sometió á una seria deliberación. Carlos V no lo rechazó en manera alguna, caso que efectivamente pudiera procurar la paz anhelada (2).

Parece que al principio hubo esperanzas de llegar á un acomodamiento sobre esta base, y aun parece que el marqués del Vasto, gobernador del Milanesado, llegó á dar ya á Margarita, el título de duquesa de Milán. Verdad es que, considerada la importancia estratégica de aquella provincia, parecía muy cuestionable que Carlos V entrara seriamente en «el negocio de Milán»; pero los Farnese contaban con la necesidad de dinero que padecía el Emperador, quien cabalmente poco antes había entregado por dinero, al duque Cósimo, las fortalezas de Florencia y Liorna (3).

(1) V. *Discorso del rev. card. di Carpi del 1543 a Carlo V Cesare del modo del dominare (*Biblioteca Corsini de Roma*, n. 443). Ranke (Pápste I^o, 162) que utilizó este manuscrito, cree, que la memoria quizá se compuso ya en 1542; pero también otros ejemplares, como los tres que hay en la *Biblioteca nacional de París* (Cod. Ital. 10075, n. 3; 10076, n. 14 y Cod. 1067 [St. Viktor]) y el Cod. Urb. 855, f. 66 s. de la *Biblioteca Vaticana* tienen la fecha 1543.

(2) Cf. Ehses IV, 349 nota 1.

(3) V. las cartas de Giovio de 15 de Junio y 19 de Julio de 1543 en Atanagi 63 s. La opinión de Giovio, de que entonces se trató también acerca de Sena, está confirmada en otras partes (v. Mitteil. des österr. Instituts XXIII, 129

Sobre la cuantía de la suma que Paulo III satisfaría al Emperador por Milán, había ya negociado en Génova Pedro Luis Farnese. Las exigencias de Carlos V eran enormes: al principio pidió dos millones, y luego un millón de ducados, y por ventura todavía otras graves condiciones, como la retención de los castillos de Milán y Cremona; y de las exageradas pretensiones del Emperador dependió que, en Busseto, se paralizasen las negociaciones acerca de aquel punto (1). Por lo demás, no se rompieron del todo; pues, habiendo Carlos escrito á su hijo, que tratara acerca de ello con el Consejo de Estado de España (2), los Farnese conservaron la esperanza de llegar todavía á conseguir su objeto.

Mas por mucho que concediera Paulo III al nepotismo en esta cuestión, apretado por sus parientes, no perdió, sin embargo, de vista en manera alguna el trabajar en favor de la paz. Giovio atestigua, que el anciano Pontífice hizo valer entonces con rara prudencia y maravillosa memoria, todos los motivos que inclinaban á la paz; y como sus reflexiones no hallaran oídos en el Emperador, por todo extremo irritado contra Francisco I, rogóle tuviera á bien escuchar á los cardenales; á lo cual accedió Carlos V. El 24 de Junio se presentó en la reunión del Sacro Colegio, y contestó con gravedad y energía á la brillante oración con que recomendó allí la paz el cardenal Grimani. Con creciente animación defendió su antiguo punto de vista, ya expuesto tantas veces; y como al salirse le besara la mano Paulo Giovio, díjole el Emperador: Prepárate á escribir, y declara bien las cosas en tu obra histórica; pues la guerra inminente te ofrecerá nuevo y enojoso trabajo. Paulo III manifestó su admiración por el apasionamiento de Carlos; pero aseguró que con todo eso acudiría en auxilio de Ferdinando I contra los turcos; promesa que cumplió ciertamente (3).

En lo tocante al Concilio, propuso el Papa en Busseto (4) al

n. 1). Fuera de eso, se habló también de Aquila ó Tarento, como consta de la relación á la duquesa de Urbino de 16 de Junio de 1543. *Archivo público de Florencia*. Urb. 266, f. 534.

(1) Además de las fuentes citadas arriba en la p. 141, nota 2, v. todavía la *carta ya aducida por Ranke (Pápste I^o, 164 nota), de Girolamo Guicciardini á Cosme I, de 16 de Junio de 1543. *Archivo público de Florencia*.

(2) Cf. Gayangos VI, 2, p. 377 s.; cf. ibid. 453, 481.

(3) Sobre las tropas auxiliares enviadas por el Papa (4000 hombres), v. Mamente 275; Ehses IV 250.

(4) Según la propia relación del emperador para la instrucción de su

Emperador, que por respeto á la guerra en la Cristiandad y al peligro de los turcos, se suspendiera hasta otro tiempo más oportuno, y asimismo se eligiese otro sitio en vez de la ciudad de Trento, insalubre, excesivamente angosta y difícil de aprovisionar. Mas contra esto, los ministros imperiales se remitieron á la dieta de Ratisbona, donde los Estados habían asentido á la elección de Trento y solicitado la inmediata celebración del Concilio; sin consultar á los Estados, no podía por tanto el Emperador asentir, ni á la suspensión ni á la traslación del Concilio. Pero como no se llegó á una definitiva avenencia, el Papa prometió finalmente, continuar tratando de ello con los cardenales reunidos en Parma.

Morone, por su parte, ajustándose á una instrucción recibida de Farnese en los últimos días de Junio, propuso en Trento á todos los prelados que presentes se hallaban, diesen su opinión acerca de lo que convenía hacer en adelante (1). Las opiniones se dividieron. El arzobispo de Corfú y los obispos de Feltre, Chironia, Bertinoro y Belcastro, se pronunciaron por la inmediata traslación del Concilio á otro lugar; y la razón principal en que se fundaban era considerar que, si el Sínodo se llegara á celebrar en Trento, se reduciría á un concilio de los alemanes, colocado principalmente bajo la influencia del Emperador; pues los franceses no acudirían jamás á la mencionada ciudad; á lo cual se agregaría que, habiendo sido aquella asamblea autorizada por el Papa como Concilio universal, podría, en tales circunstancias, resultar todavía más peligrosa que un concilio nacional de Alemania; el cual, á la verdad, por ventura se evitaría de esa suerte. Los mencionados obispos formularon también por escrito sus dictámenes y los enviaron á Farnese. El arzobispo de Otranto, por el contrario, miraba en el inminente concilio nacional el peligro mayor, y era de parecer, que la cuestión principal consistía entonces en ver de qué manera podría evitarse; por más que fuera, sin embargo, imposible en la intranquilidad del tiempo presente, celebrar el Concilio en Trento ó en otra parte cualquiera. Lo mejor sería, á su parecer, conservar como hasta entonces la espe-

nuevo embajador en la curia romana, Juan de Vega, de 4 de Julio de 1543 (Gayangos IV, 2, n. 282, p. 560; cf. Ehses IV, 347, nota 1).

(1) Carta de Morone á Farnese, fechada el 30 de Junio de 1543 (Ehses IV, 345-348).

ranza de celebrar el Concilio; pues el proceder á trasladar el sínodo de Trento, sin aquiescencia de los príncipes alemanes que lo habían aceptado, no serviría sino para excitarlos más á proceder arbitrariamente. Luego, cuando tarde ó temprano se llegue á obtener la paz, se podrá celebrar el Concilio, ya sea en el mismo Trento (como quiera que no es imposible remediar las exteriores deficiencias), ó trasladándolo á otra parte con asentimiento de todos. Este dictamen del arzobispo de Otranto (añadía Morone), se conformaba también con el modo de ver del obispo de Hildesheim y de los demás agentes del arzobispo de Maguncia, los cuales se habían turbado ya tanto con la partida de Trento de los dos legados, y colocaban la última esperanza de salvar los católicos que todavía quedaban en Alemania, en la continuación del Concilio de Trento; mientras entendían que, el suprimirlo ó apartarlo de allí, acarrearía las más perniciosas consecuencias. Por otra parte, la presente guerra podría también terminarse pronto, y con esto cesar el principal obstáculo del Concilio. El obispo de Eichstätt (según escribía Morone) se hallaba en camino para dirigirse á ver al Papa.

El mismo Morone, atendiendo á los grandes peligros que, en cualesquiera circunstancias, amenazaban á Alemania, apenas podía decidirse á tomar una actitud determinada. Por una parte, pensaba que, en el supuesto de que por ahora era imposible la reunión de una asamblea universal de la Iglesia, y por otro lado, apenas sería posible impedir el sínodo nacional, ó una Dieta que se ocupara en los asuntos de la religión; sería por ventura lo mejor retirar la convocatoria del Concilio y exponer en una bula la ineficacia de la reunión del Sínodo en Trento. Al mismo tiempo podría luego introducirse una reforma cristiana en todas partes donde se guardaba todavía la obediencia del Papa. Sin embargo, Morone no podía resolverse á recomendar aquel camino, dando como motivo, que en tal caso se presupondría estar Alemania perdida sin remedio, lo cual traería en pos de sí el riesgo evidente de todo el resto de la Cristiandad. Tampoco le parecía á Morone recomendable la traslación del Concilio; por cuanto semejante medida tomada sin aquiescencia de los príncipes alemanes, produciría en el Imperio los mismos efectos que la completa interrupción del concilio; por lo cual se inclinaba principalmente á adherirse al dictamen del arzobispo de Otranto,

porque de esta suerte, por lo menos se evitaría contraer alguna culpa en la inevitable ruina de Alemania.

Después de su entrevista con Paulo III, pasó el Emperador, en su viaje de regreso, por Trento, mientras se esperaba todavía la resolución pontificia sobre la cuestión del Concilio, y se detuvo allí desde el 2 al 5 de Julio (1). En la comitiva de Carlos V se hallaban también algunos obispos españoles, los cuales expresaron entonces al legado Morone, cuando era ya demasiado tarde, su prontitud de ánimo para tomar parte en el Concilio, y luego se volvieron á marchar (2).

En Bolonia, á donde había regresado el Papa el 1.º de Julio (3), continuábanse esperando todavía los anhelados dictámenes del cardenal legado Morone y de los obispos congregados en Trento; llegados los cuales, decretóse en un consistorio de 6 de Julio la suspensión del Concilio hasta otro tiempo más favorable, reservándose el Papa la facultad de volverlo á reunir. En el mismo día está fechada la bula de suspensión, en la cual se echa una mirada retrospectiva á los muchos afanes del Papa, se pondera que los legados habían esperado en Trento más de seis meses, y se señala como principal causa de la presente imposibilidad de celebrarse el Sínodo, la guerra entre los príncipes cristianos y el peligro por parte de los turcos. Llamóse á Morone y fueron despedidos los prelados que se habían reunido en Trento (4). La bula no se publicó hasta el 19 de Septiembre (5), pero un breve de 6 de Julio puso en conocimiento de Morone la resolución acordada (6). El y los prelados presentes aguardaron inútilmente la llegada de la bula, para poder luego marcharse (7); sólo el 25 de Julio recibieron un breve con el permiso para alejarse de Trento, después de lo cual Morone emprendió el camino, y los demás se dispersa-

(1) Cartas de Morone á Farnese, fechadas el 2 y 4 de Julio de 1543 (ibid. 348 ss.).

(2) Ehses IV, 251.

(3) V. el Diarium de Gualterius (cf. arriba p. 137 nota 3). *Archivo secreto pontificio*.

(4) La bula de suspensión, de 6 de Julio de 1543, se halla en Ehses IV, 352-355. Cf. sobre eso Pallavicini l. 5, c. 4, n. 20; Korte 69 s. V. Massarelli, Diarium II, ed Merkle I, 419.

(5) Ehses IV, 352 nota 4; Merkle loc. cit.

(6) Ehses IV, 352.

(7) Cartas de Morone á Farnese, fechadas el 12 y 25 de Julio de 1543 (ibid. 352 nota 3, 356).

ron (1). Poco después se enviaron asimismo, á cierto número de príncipes y metropolitanos, breves en los cuales se les participaba la suspensión del Concilio y se señalaban los motivos de esta medida (2).

La dilación del Concilio estaba indudablemente justificada; pues, en las actuales circunstancias, no podían esperarse resultados provechosos (3); á pesar de lo cual, no faltaron personas que representaron aquella determinación como venganza contra el Emperador por haber éste frustrado el plan del Papa tocante á Milán. Dejamos á otros discutir, hasta qué punto participó Carlos V de esta opinión; pero no hay duda sino que, luego que se hubo desvanecido toda probabilidad de que Milán se concediera á Octavio Farnese, sus relaciones con Paulo III fueron más difíciles cada día (4); á lo cual se agregaron todavía algunas otras cosas; pues, para mantener á los protestantes en su inacción, la diplomacia imperial tuvo buen cuidado de hacer que recibieran noticias de la tirantez de relaciones entre las dos supremas Cabezas de la Cristiandad, y con este fin, se imprimió y divulgó, traducido al alemán, el acerbo escrito que Carlos V había dirigido al Papa á 25 de Agosto de 1542 (5), con lo cual aquel documento alcanzó una importancia mucho mayor. Está á mano entender, cuánto debiera herir en Roma una medida semejante (6).

La nueva tirantez entre el Emperador y el Papa debía conducir á una aproximación entre Paulo III y Francisco I, con tanto mayor razón, cuanto el partido de Carlos V se había reducido muy

(1) Cf. ibid. 356 nota 3.

(2) El breve al cardenal de Maguncia, fechado en Bolonia á 10 de Julio de 1543, ibid. 355 s.; igual fecha llevan los breves á los arzobispos de Salzburgo, Treveris, Brema, Besanzón, Gnesen; de 21 de Julio son los breves á los duques Guillermo y Luis de Baviera y al rey de Polonia (cf. ibid. 356).

(3) K. A. Menzel II, 310.

(4) Según la *Vita di Alfonso d' Avalos Marchese del Vasto (manuscrito existente en el Cod. 34, E, 23, f. 267 de la *Biblioteca Chigi de Roma*), Carlos V tuvo al Papa en este asunto sencillamente por loco.

(5) Cf. Ehses IV, 238. Sobre el largo y violento defensorio de Francisco, de 1543, en el que se procura volver contra el emperador las acusaciones, cf. Pallavicini l. 5, c. 1, n. 3; Ehses IV, 245, n. 2.

(6) Paulo III salió de Bolonia el 11 de Julio (v. *Diarium de Gualterius. *Archivo secreto pontificio*); se detuvo en Ancona del 20 al 23, desde el 30 de Julio hasta el 8 de Agosto en Perusa, del 13 al 16 en Viterbo y el 19 regresó á Roma.

notablemente en el Sacro Colegio (1). Ya hacía mucho tiempo que el Monarca francés se esforzaba, por muy hábil manera, en limpiar hasta cierto punto la mancha que sobre sí había echado por su alianza con los infieles. Así, cuando la flota turca de Chaireddin Barbarroja, se presentó á fines de Junio de 1543 en las bocas del Tiber, el Comisario francés que venía acompañándola hizo saber, que los Estados pontificios nada tenían que temer de ella; y con efecto, los turcos se abstuvieron de todo saqueo, y volvieron á abandonar pronto las costas de los Estados de la Iglesia (2). Asimismo hubo de producir impresión favorable en Paulo III la actitud de Francisco I respecto á los novadores de la religión en Francia. Pocas semanas después de haber declarado la guerra á Carlos V, había inculcado el Rey á los Parlamentos, que persiguiesen á todos aquellos que se mostraban desobedientes á la Iglesia. Púsose en escena por manera ostensible, en todo el Reino, un procedimiento contra los protestantes; con lo cual no se pretendía sólo impresionar favorablemente al Papa, sino también hacer que apareciesen con desfavorable luz á los ojos del mundo católico Carlos V y Ferdinando I, por su condescendencia con los protestantes alemanes (3).

Á todo esto se agregó ahora todavía la alianza del Emperador con Enrique VIII de Inglaterra, de la cual se excusó Carlos V con la necesidad de ampararse contra la alianza, mucho

(1) Ya en 30 de Marzo de 1543, el cardenal Hérc. Gonzaga en una *carta al marqués del Vasto, habla de los «pochi servitori, che si truova S. M. nel collegio nostro, per la qual cosa un di potriamo vedersi far un papa tutto francese», que podría perjudicar mucho. En 12 de Diciembre de 1543, en una *carta á D. Fernando, con ocasión de la muerte del cardenal Grimaldi, pondera el cardenal, que en el sacro colegio son pocos los servidores del emperador, y que estos (Accolti, Cibo) son tan impotentes, que instantísimamente le ruega cuide de reforzarlos (Cod. Barb. lat. 5790, f. 150 y 5791, f. 165 de la *Biblioteca Vaticana*). Cf. también en el apéndice n.º 63, la carta de Hérc. Gonzaga de 18 de Marzo de 1544.

(2) Cf. Jovius, Hist. l. 43, las relaciones citadas en las Mitteil. des österr. Instituts XXIII 130 y las *Ephem. existentes en el Cod. Vat. 6978, f. 148: *Die 29 junii 1543 Romae disseminatum est Turcarum classem Ostia capta infestam adventare, eoque nuncio populus ita consternatus est, ut plerique metu aufergerint, omnes autem exsanguis vultu formidabundi huc illuc concursaverint. Indignum facinus, quae urbs olim orbi terrarum pavore fuit eam tunc inani timore percussam trepidasse!—Hoc mense iunio 1543 Regium Iulium civitas Brutiorum a Turcarum classe duce Barbarossa direpta et incensa est, incolis omnibus secum captivis abductis. *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. Soldan I, 179 s.; Pallavicini l. 5, c. 4; n. 22.

más peligrosa para la Cristiandad, entre franceses y turcos. Su embajador en Roma volvió á instar al Papa para que procediese contra Francisco I con las armas temporales y espirituales, lo cual era tanto más urgente, cuanto que el Rey había provisto la flota turca de todas las cosas necesarias para que pudiese cañonear á Nizza. Paulo III contestó al representante del Emperador que, si dirigiera sus armas contra los franceses, no podría hacerlo por mar, ni en Hungría por tierra, en provecho de los Habsburgo, como actualmente se estaba haciendo; mas que con el empleo de las armas espirituales contra Francisco I, expondría á la Santa Sede al peligro de perder también á Francia, como se había ya perdido Inglaterra. Por lo demás, se vería necesitado ahora á cumplir su obligación como juez, y averiguar, cuál de los dos partidos era el culpable de estorbar que llegara á ajustarse la paz con tanto extremo necesaria (1).

Los imperiales procuraron disculpar la política de su señor, alegando la desigualdad de las alianzas de Carlos V y Francisco I; pues la alianza del Emperador con Enrique VIII no tenía más fin sino el combatir á los franceses y, consiguientemente, á los turcos aliados con ellos, pero en ninguna manera tendía á apoyar al monarca inglés contra la Santa Sede; antes bien se podía esperar ahora, que el Emperador lograría reducir de nuevo á Enrique VIII al recto camino (2).

Paulo III continuó, sin embargo, manteniéndose como antes en su actitud neutral (3); el 21 de Noviembre de 1543 resolvió enviar á ambos soberanos como Legado y mediador para la paz, al cardenal Alejandro Farnese (4); y para atraer á los príncipes alemanes á que apoyasen los esfuerzos del Papa en favor de la paz, se envió también poco después al obispo de Sarno, Francisco Sfondrato, el cual llevaba asimismo el encargo de justificar la actitud del Papa en la cuestión del Concilio (5).

Farnese recibió su cruz de Legado en una reunión de los car-

(1) Pallavicini l. 5, c. 4, n. 25 s.

(2) Ibid.

(3) V. Legaz. di A. Serristori 130 s.

(4) Acta consist. publicadas por Pieper 126; cf. Druffel, Karl V, 1, 7 s.

(5) Las instrucciones para Sfondrato de 30 de Noviembre de 1543 se hallan en Ehses IV, 357 s. El Memoriale de Morone para Farnese de 25 de Noviembre de 1543, que en substancia se halla en Ehses, ha sido publicado por Pieper 183-185. Sobre la manera cómo Sfondrato desempeñó su encargo cf. Druffel, loc. cit. I, 8 s.